¿Qué es Tepito?

Laura Buendía Ruiz[1]
DOI: https://doi.org/10.24275/VXIE4358
Fecha de recepción: 31 de octubre de 2025
Fecha de aprobación: 4 de marzo 2026

Resumen

El objetivo del presente texto es tratar de entender cómo se ha construido la imagen de Tepito como barrio que resiste y actúa ante el desarrollo y crecimiento de la ciudad. A través del análisis de la literatura existente, pero también a través de su gente. Esto nos ayudará a exponer brevemente el origen de tan emblemático barrio, así como sus problemáticas sociales, económicas y culturales elaboradas a través de la interlocución con algunos de sus habitantes. Dicho lo anterior, nos ayudará e incitará también a los lectores/as a construir un dialogo y una reflexión sobre un Tepito estereotipado.

Palabras clave

Barrio, comercio informal, vecindad, vivienda, identidad, resistencia, agencia.

Abstract

The aim of this text is to understand how the image of Tepito as a neighborhood that resists and acts in the face of the city's development and growth has been constructed. This will be achieved through an

1 Maestra en Historia por el Posgrado en Historia y Etnohistoria de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Correo electrónico: laura.buenruiz@gmail.com

analysis of existing literature, as well as through the voices of its people. This will help us briefly explain the origins of this emblematic neighborhood, as well as its social, economic, and cultural problems, developed through conversations with some of its residents. Having said this, we hope to encourage readers to engage in dialogue and reflection on a stereotypical view of Tepito.

Keywords

Neighborhood, informal trade, community, housing, identity, resistance, agency.



A manera de introducción: ¿Qué es Tepito?

En primer lugar, citaré al cronista designado de Tepito, Alfonso Hernández, expresidente de la Asociación de Cronistas de México y fundador del Centro de Estudios de Tepito, quien afirma que "Tepito es la síntesis de lo mexicano" (Hernández, 2019), una síntesis que quiere disiparse, pero se resiste. Tepito es hoy el único barrio que queda de la época prehispánica. Es un lugar donde la gente trabaja hasta que oscurece, pero también se ha convertido en un barrio estigmatizado; si eres de Tepito, o eres un delincuente o un drogadicto. Sin embargo, dice, "hemos superado el carisma del barrio sobre el estigma delictivo" (Hernández, 2019).

Al hacer una rápida investigación en los periódicos, todas las noticias sobre el barrio tratan los mismos temas: narcotráfico, asesinatos entre bandas y confiscación de mercancía falsificada o robada. Por mucho que se esfuercen, les guste el arte o quieran seguir una carrera profesional, en el imaginario cultural, nacer y vivir en Tepito significa ser agresivo, inculto y querer una vida fácil. Jacqueline L´Hoist, presidenta del Consejo para Prevenir y Eliminar la Discriminación en la Ciudad, señala que, aunque los tepiteños tienden a ignorar los estereotipos, ese estigma puede afectarles más adelante en sus vidas (Soto, 2013).

Hernández afirma que, al igual que México es sinónimo de delincuencia para el resto del mundo, Tepito tiene la misma connotación dentro de la ciudad; hay algo de verdad en esto, a lo que nosotros hemos contribuido, pero se trata de algo más que la delincuencia. Por ejemplo, María Luisa Moreno, profesora de la Escuela Nacional de Trabajo Social, que ha trabajado en el barrio durante más de ocho años,

afirma que Tepito es más de lo que aparece en las noticias. Dice: "Hay personas valiosas, profesionales que han surgido en el barrio" (Moreno en Flores, 2019).

Por su parte, Francisco Mata Rosas, fotógrafo cuyas exposiciones *Tepito ¡Bravo el Barrio!* y *Tepito existe porque resiste* capturan a la gente y su día a día en el barrio, coincide con Moreno y sostiene que, si bien es cierto que existe una situación incómoda debido a la violencia, hay personas que realizan sus actividades cotidianas, que salen a trabajar, que estudian, que se reúnen con otras personas, y eso es lo que él intenta retratar con su cámara: "Intento presentar la otra vida del barrio, más allá de lo que se suele publicar en los medios de comunicación" (Sierra, 2019).

En cuanto a lo que representa Tepito dentro de la cultura mexicana, Daniel Manrique Arias, uno de los fundadores del movimiento *Tepito Arte Acá*, un colectivo de arte contemporáneo mexicano con sede en Tepito, coincide con Alfonso Hernández al afirmar que "Tepito reúne todo lo que son México y los mexicanos: muchas culturas juntas", es tanto el pasado histórico como la realidad actual no escrita (PROCESO, 2010); una realidad que ha sido investigada y presentada por un grupo de académicos, artistas y profesionales autodidactas.

Según Alfredo Matus, director de la galería José María Velasco, ubicada dentro del barrio y que contribuye a la difusión de su cultura, los habitantes de Tepito son una suma de voluntades, una comunidad cohesionada y resiliente para llevar a cabo proyectos que benefician a todo el barrio, forjando su propia identidad; y a través de la galería, intenta mostrar esa otra cara de Tepito. Afirma que "la gente debe comprender no solo la realidad nacional de ese momento, sino también la diversidad existente" (Matus en Romero, 2017).

Entre las obras expuestas en la galería, algunas de las más reconocidas son las exposiciones del fotógrafo Francisco Mata, para quien el barrio es un referente que mantiene sus prácticas culturales al tiempo que es una forma de resistencia al constante acoso de las autoridades. Sin embargo, es Alfonso Hernández quien ha difundido la cultura de Tepito hasta el ámbito académico a través del *diploma del albur*, que es una de las principales características del modo de hablar de los tepiteños. El diploma es un medio para preservar "la sabiduría que hay en la picardía mexicana" (Mata,). Además de este patrimonio lingüístico, también está la cultura gastronómica que nos ha sido transmitida, con el origen, por ejemplo, de la *guajolota*, una de las comidas más tradicionales de la cocina mexicana, que se suele

comer como desayuno y durante fiestas como el Día de la Candelaria y el Día de los Muertos (Hernández, 2019).

En resumen, el patrimonio cultural local que este barrio ha aportado desde la época prehispánica es incalculable, pero el creciente estigma ha llevado a asociar Tepito con un único significado: la violencia. Sin embargo, el barrio sigue luchando contra ese estigma; "ser tepiteño es un estilo de vida, es una forma de pensar que te mantiene siempre alerta" (Hernández, 2019). Las prácticas culturales de los tepiteños se reflejan en su historia, su forma de hablar, sus oficios, sus fiestas locales e incluso en su comida.

Una mirada a la historia del barrio

En primer lugar, acerca del origen del nombre Tepito, son varios los autores que lo atribuyen a la palabra en náhuatl *tepiton* que significa pequeñez, poquito, poca cosa; su estudio se encuentra en los diccionarios de Manuel Orozco y Berra, Rémi Siméon, Alonso de Molina y Cecilio A. Robelo. Según la interpretación de Cecilio A. Robelo, la palabra *Tepito* deriva de *teocal-tepiton-teocalli*: casa del dios, *tepiton*: pequeño, mientras que Orozco y Berra le da a *tepiton* el significado de los pequeñitos, dioses domésticos o los penates (Aréchiga Córdoba, 2003: 44). Este vocablo se encuentra en la historia del México prehispánico al usarse para denominar a unos pequeños templos donde se llevaban a cabo ceremonias para venerar a los dioses de cada *tlaxilacalli*, que a su vez eran los sectores territoriales en los que se dividía el Tletelolco prehispánico. Sin embargo, a pesar de que hubo gran numero de estos pequeños templos, hoy en día la palabra *Tepito* (de *tepiton*) solo ha quedado para denominar a la Iglesia de San Francisco Tepito (Escareño Sánchez, 2013: 56).

Otro posible significado se encuentra en el libro *El ombligo como centro erótico*, del autor Gutierre Tibón, quien se refiere al hecho de que, en América, además del barrio de México, hay otro lugar con ese mismo nombre en la Isla de Pascua, en Chile. En ese lugar hay una piedra magnética que indica la mitad de la isla, por lo que el significado del lugar es "el ombligo de la isla". Y aunque Tibón no se atreve a asignar una traducción literal a Tepito, como "el ombligo de la ciudad", Alfonso Hernández abre el debate sobre otra posible connotación,

La zona donde se establece el barrio se remonta a la época precolonial, cuando desempeñó un papel muy importante durante las primeras etapas de la conquista

española. En el área que actualmente ocupa Tepito se encontraban los *tlaxilacaltin* de Yacacolco, Amáxac y Coyonacazco, pertenecientes a Tlatelolco, y donde Cuauhtémoc se atrincheró antes de perder la batalla contra el ejército español (Escareño Sánchez, 2013: 152). Se atrincheraría en el único lugar abierto las 24 horas del día, el barrio de los mecapaleros, dentro del mercado callejero de Tlatelolco, ahora situado en Tepito (Hernández, 2019).

Si bien hay varias versiones del lugar exacto donde fue apresado Cuauhtémoc, todas mencionan, sin embargo, que fue en la zona de Amáxac. Bernardino de Sahagún refiere que fue en la casa de un principal taltilulcano (Escareño Sánchez, 2013: 163-164), y esta la versión que el acontecimiento se dio donde actualmente se encuentra el templo de La Concepción Tequipehuecan —La Conchita—, pues está colocada una placa donde se lee: *Tequipehuecan: lugar donde comenzó la esclavitud. Aquí el emperador Cuauhtémoc fue hecho prisionero en la tarde del 13 de agosto de 1521* (Cruz y Hernández, 2012: 168).

Tras la conquista, las comunidades indígenas fueron ubicadas en la periferia de la "ciudad oficial" y se dividirían en dos parcialidades: San Juan Tenochtitlan y San Juan Tlatelolco (Escareño Sánchez, 2013: 247), formando las afueras de la época. Estos barrios indígenas quedaron excluidos de la traza urbana; eran simplemente grandes extensiones de tierra con establos, corrales y pequeñas casas. Los límites espaciales se desintegraron de manera uniforme a lo largo del último siglo de dominación colonial, y Tepito se integró entonces a la organización de la ciudad (Aréchiga Córdoba, 2003: 72).

Durante las primeras décadas de la independencia de México, a principios del siglo XIX, Tepito apareció en las crónicas de la ciudad, donde ya se le consideraba un barrio con sus propias reglas (Enriquez Fuentes, 2010: 138). Desde entonces, Tepito ha sido descrito como un lugar peligroso e ingobernable, que infunde respeto, pero también miedo.

La evolución del barrio como núcleo de vida comercial

Hacia mediados del siglo XIX la migración masiva a la capital provocó una ciudad superpoblada con escasez de viviendas debido a la falta de espacio. Los habitantes acabaron viviendo en bloques de viviendas con habitaciones muy pequeñas y techos altos, en los que a menudo se construían entreplantas para aprovechar al

máximo el espacio: el tipo de vivienda de vecindad, que surgió originalmente en el casco antiguo. La proliferación de este tipo de viviendas sociales dio al barrio una dimensión urbana diferente al resto de la ciudad. La mayoría de las vecindades se construyeron entre 1877 y 1911 y se concibieron inicialmente para albergar a viajeros de otros estados, pero poco a poco se convirtieron en viviendas permanentes (Cruz y Hernández, 2012: 170).

Por esa época, se instaló un auténtico mercado callejero en las calles vecinas a la iglesia de San Francisco, en el corazón del barrio; los habitantes construyeron casetas de madera y adobe para vender sus productos. El lugar también sirvió como reubicación temporal para los vendedores ambulantes que trabajaban en el centro de la ciudad, pero con el tiempo la reubicación se convirtió en permanente. Así nació el que hoy es el mercado callejero más famoso de la ciudad y uno de los más grandes de toda América Latina (De Mauleón, 2015). En palabras de un habitante del barrio se lee:

> Conozco y vivo en Tepito desde 1920. Tepito era igual, solo que el piso era empedrado, se vendía ropa usada, así como barracas vendiendo fierros viejos y herramienta robada. Tepito no ha cambiado, hasta que entró Uruchurtu, quitó las barracas y puso puestos para que ahí vendiera la gente. (Aguilar Urbina, 1987: 10)

El crecimiento del barrio permitió el desarrollo de espacios públicos y de ocio, como locales nocturnos, bares, restaurantes y taquerías. Sin embargo, la mala calidad de vida se reflejaba no solo en el tipo de viviendas, sino también en la falta de servicios básicos (Palomo, 1994: 253). Estas características se acentuaron cuando Tepito fue absorbido gradualmente por la ciudad en expansión. El barrio estaba habitado en gran medida por la comunidad de clase trabajadora, cuya pobreza provocó otros problemas como la delincuencia y la violencia, lo que le valió a Tepito la etiqueta de "barrio difícil" (Cruz y Hernández, 2012: 171).

En la década de 1920, Tepito atrajo a muchos comerciantes de las zonas rurales; los inmigrantes nacionales procedían de dos estados en particular: Jalisco y Guanajuato. Estos recién llegados eran en su mayoría zapateros, por lo que la zona se convirtió en uno de los mayores centros de producción de calzado del país; además, la venta de diversos productos contribuyó al florecimiento del comercio con el mercado semiabierto y, para las personas con bajos ingresos, solo en este

barrio podían permitirse adquirir bienes y productos de primera necesidad (Aréchiga Córdoba, 2003: 101).

Durante la década de 1940, la venta ambulante se desarrolló como actividad económica, e incluso los habitantes comenzaron a vender artículos de segunda mano. Como resultado, las autoridades intentaron regular la actividad y ordenaron la construcción de cuatro mercados cubiertos en 1957. Sin embargo, durante la década de 1970, el número de vendedores aumentó y muchos volvieron a las calles debido a la falta de espacio (Vodovipec, 2017: 46).

En cuanto a la vivienda, a partir de los años 40 aparece el sistema de rentas congeladas, sistema que instauró el gobierno debido a los altos precios de alquiler. En Tepito, había cuartos de vecindad en inmuebles de hasta 40 unidades, donde los habitantes llegaban a pagar solo 50 pesos, por lo que sus propietarios no se preocupaban por su mantenimiento. Este sistema se mantenía aún en los años 80's, lo que más adelante será una de las razones principales del gran impacto que tuvo el sismo y su posterior reconstrucción (Mutolo, 2016).

En el marco del desarrollo del mercado callejero, surgiría una nueva forma de comerciar. A finales de la década de 1960, apareció en Tepito un grupo de mujeres conocidas como *fayuqueras*, que viajaban a Estados Unidos para abastecerse de diferentes productos. Esta fue la respuesta a las fuertes políticas de protección de la producción nacional que se impusieron hasta finales de 1980. Los artículos importados tenían un precio elevado y eran casi imposibles de adquirir en los establecimientos formales. Por ello, cada día salían de la Ciudad de México más de 30 autobuses y un tren abarrotado para llegar a la ciudad de Laredo, en Texas; la cantidad de mercancía que entraba en el país no dejaba de aumentar hasta que se utilizaron camiones de tres toneladas para transportar mercancías dentro y fuera de la capital. El tránsito de mercancías contaba con el consentimiento extraoficial de la policía y los funcionarios de aduanas, lo que promovió la figura del *fayuquero* como modelo de ascenso social y económico favorecido por la corrupción (Hernández Hernández, 2018: 103-104), lo que aumentó la ya mala reputación del barrio, pero al mismo tiempo introdujo a Tepito en el mercado global.

Hoy en día, las calles están prácticamente cerradas al tráfico y, durante el día, las avenidas y banquetas se habilitan como puntos de venta; hasta ahora, doce mil puestos se distribuyen en 53 mil metros cuadrados de vía pública, donde venden

a precios que la competencia no puede igualar (Couffignal, 1987: 35). Tepito se convirtió en un lugar pionero donde el comercio informal se implementó a niveles inalcanzables, los tepiteños desarrollaron una gran habilidad para hacer copias de productos a precios bajos, como música y películas en discos compactos, y productos reetiquetados con marcas caras y famosas. El éxito del comercio callejero se debió en parte al volumen de ventas; por lo tanto, muchas vecindades se convirtieron en almacenes altamente vigilados por sistemas innovadores; son búnkeres en los que no puede entrar ningún extraño (Hernández, 2018: 104).

Sin embargo, el mercado es más que una simple fuente de ingresos para los tepiteños; también representa una fábrica social cotidiana contra la industria del crimen, a la que Tepito se resiste mediante el comercio informal y, por lo tanto, concibe su sentido de pertenencia permaneciendo en su lugar de origen. Es un barrio que resuelve sus propios problemas mediante la autosuficiencia; actualmente hay 15 450 negocios que constituyen el modo de vida cotidiano de más de 5000 de sus habitantes (Cruz y Hernández, 2012: 173).

Tepito, "existe porque resiste"

Es ya popular la consigna que se le da al "barrio bravo" como una comunidad que "resiste". Tomando como base de análisis la denominación que hace la antropóloga Sherry Ortner sobre la "resistencia", la cual define como una agencia oposicional, podemos ver al habitante del barrio como un individuo con la voluntad de no rendirse a un poder mayor. De modo que se convierte también en agente, es decir, posee la facultad para realizar proyectos, y esta misma capacidad de transformación es una de las varias formas de poder en los sistemas sociales. Sin embargo, el contexto social y sus estructuras dan poder a los agentes, pero no de manera uniforme (Ortner, 2016: 155-160), ya que además el rol que puede tener cada individuo dentro de su propio contexto social varía de acuerdo con el momento y espacio que se esté observando, es decir, si el individuo está siendo visto en su vida cotidiana, en un contexto familiar, dentro de toda su comunidad; en palabras de Ortner, el individuo tiene una "vida dotada de multiplicidad". En Tepito podemos encontrar toda una serie de agencias que son aun más visibles a nivel barrial.

A lo largo de su historia más reciente, el barrio Tepito se ha mantenido estoico ante los intentos del gobierno de cambiar su forma de vida "informal" imponiendo

una homogeneización de la ciudad para crear lo que consideran una imagen adecuada para el resto del mundo. Sin embargo, estos intentos se han visto frustrados en repetidas ocasiones gracias al espíritu comunitario y la obstinación del barrio.

Cuando se prohibió el comercio ambulante en 1956, el gobierno aplicó medidas para "embellecer" la capital. Entre ellas se encontraba la creación de cinco mercados públicos donde se vendían principalmente bolsos, zapatos, ropa usada, alimentos y artículos de segunda mano recogidos por transportistas; las vecindades se convirtieron en los centros de producción de algunos de estos productos (Hernández, 2018: 103).

Sin embargo, los mercados establecidos no eran lo suficientemente grandes, y en 1972, los comerciantes ambulantes sin un espacio fijo asignado obtuvieron apoyo oficial para continuar con su comercio. En los años siguientes, una segunda afluencia de comerciantes de otros estados dio lugar a la aparición de talleres familiares. Por lo tanto, los artesanos y comerciantes comenzaron a formar organizaciones que se convertirían en la base de la resistencia a todos los intentos de cambio en el barrio (Cruz y Hernández, 2012: 170). Los tepiteños formaron 36 organizaciones sociales, culturales y políticas como mecanismos de defensa, así como para apropiarse del espacio de tal manera que todo lo que necesitaban estuviera disponible en el mismo barrio (Sandoval, 1994: 253).

El Instituto Nacional de Vivienda Popular introdujo un proyecto de remodelación llamado "Plan Tepito" a principios de la década de 1970, que abordaba la transformación de las vecindades en la tipología de vivienda social que se estaba construyendo en ese momento; sin embargo, este plan se encontró con una fuerte oposición. Bajo el lema "cambio de casas, pero no de barrio", se organizaron numerosos grupos y comités para derrocar su implementación y, finalmente, el proyecto nunca se llevó a cabo (Reyes Domínguez, 1993: 104-105).

Unos años más tarde, otro acontecimiento sacudió no solo al barrio, sino también a la ciudad, transformando por completo su imagen. El 19 de septiembre de 1985, un terremoto azotó la ciudad; los edificios del centro y sus alrededores fueron los más afectados. Un mes después, alrededor de 3500 propiedades fueron catalogadas como estructuras dañadas. En Tepito, se decidió demoler y reconstruir diez bloques de viviendas según los proyectos elaborados por un grupo de profesores y estudiantes de la Facultad de Arquitectura de la UNAM. Sin embargo, dichos

proyectos no se llevaron a cabo y, en su lugar, el gobierno, a través del Programa de Renovación Habitacional —una organización creada tras el terremoto—, se expropiaron las vecindades que se encontraban en el sistema de rentas congeladas, se demolieron y se construyeron viviendas de 44 m² en edificios de tres niveles, esto bajo un esquema en que los habitantes pudieran ser finalmente los propietarios. Sin embargo, quienes no habitaban en viviendas de rentas congeladas no podían acceder al apoyo, por lo que entraron en escena otras organizaciones de, por ejemplo, la iglesia católica como FAC —Fundación para el apoyo de la Comunidad— y COMPARTE —Comunidad que participa en Tepito— que aportaron fondos para la reconstrucción y remodelación de las viviendas afectadas (Mutolo, 2016: 11-12).

La transformación del barrio comenzó en parte con la nueva tipología de las viviendas reconstruidas. A partir de ese momento, las vecindades pasarían a ser condominios vecinales, edificios de tres plantas sin patio central, pero con jardines adyacentes, por lo que el modo de vida se individualizó (Sandoval, 2015: 24); el resultado fue la desaparición de la convivencia en los patios que antes eran comunes. Este cambio también provocó la pérdida de la única fuente de empleo para muchos de los habitantes; los talleres anteriores, como los de fabricación de calzado, que se llevaban a cabo dentro de las viviendas, ya no podían realizarse en la nueva tipología debido a la falta de espacio, por lo que el comercio se extendió por las calles (Hernández Iruz, 2012: 101-102).

Dentro de los proyectos de reconstrucción, todavía hubo intervenciones alternativas e independientes patrocinadas por organizaciones sociales, en su mayoría internacionales, que fueron ejecutadas en parte por los mismos habitantes que decidieron quedarse en el barrio y luchar por lo que les pertenecía. Se les capacitó en tareas administrativas y técnicas del proceso de reconstrucción, mostrando una vez más la esencia de resistencia y supervivencia del barrio. Las uniones de vecinos y las uniones populares de inquilinos que ya existían previo al sismo tomaron también acción en los proyectos de reconstrucción, apoyadas por ONG's como COPEVI —Centro Operacional de Vivienda y Poblamiento— y Casa y Ciudad, además de universidades (Sandoval, 2015: 19-29).

Sin embargo, un importante hallazgo realizado unos años antes puede verse también como una razón del gran interés del gobierno por modificar el aspecto del barrio y que comenzaba con la reconstrucción posterior al sismo. Durante las excavaciones para el metro en 1978, se descubrieron las ruinas del templo principal

de Tenochtitlán, el Templo Mayor. La zona fue declarada Zona de Monumentos Históricos y recibió el nombre de "Centro Histórico de la Ciudad de México". La sección más cercana al templo fue designada como "Perímetro A", con una superficie aproximada de 3 km², mientras que el "Perímetro B" se estableció a su alrededor, con unos 7 km², lo que corresponde al crecimiento de la ciudad hasta el siglo XIX, y es también donde se encuentra una parte de Tepito (Bautista García, 2014: 9-10).

Según Alfonso Hernández, esta situación es también la razón por la que el barrio ha sido estereotipado como un lugar de meros delincuentes. La zona es muy codiciada por los promotores inmobiliarios; por lo tanto, para deprimir el valor de la zona inmobiliaria, conviene crear una mala reputación y el estigma de que es inconcebible vivir en un lugar así (Hernández, 2019).

Con la declaración del Centro Histórico como Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 1987, la remodelación de la zona fue una de las prioridades en la agenda del gobierno, que puso en marcha el "Programa de Rescate del Centro Histórico" en 2001, que se resolvió mediante una asociación público-privada, liderada por el empresario mexicano Carlos Slim, quien también compró muchos de los edificios de la zona. El programa tuvo un profundo efecto en la imagen y la infraestructura del centro de la ciudad (Cruz y Hernández, 2012: 172).

Dentro del Perímetro A, los edificios coloniales se convirtieron en hoteles boutique y restaurantes, y se abrieron populares marcas de comida y ropa. La mayoría de los restaurantes y tiendas se convirtieron en franquicias de cadenas nacionales e internacionales, lo que redujo el número de negocios independientes. Aunque la transformación fue criticada por ser una "corporativización" de la zona, la convirtió en la principal atracción turística de la ciudad y en el núcleo comercial que las autoridades comenzaron a promover como un lugar culto y rebosante de patrimonio. Sin embargo, en el caso de Tepito, estas inversiones privadas no pudieron llevarse a cabo a pesar de los esfuerzos del gobierno. En 2007, Slim anunció su interés en abrir franquicias en el barrio de una de sus muchas empresas, pero las organizaciones vendedoras se opusieron a la iniciativa bajo el lema "Tepito no se vende" y lograron impedir que el plan se llevara a cabo (Vodovipec, 2017: 48).

Aunque el modo de vida de los vendedores de Tepito no se vio alterado, los que se encontraban dentro del Perímetro A no corrieron la misma suerte, ya que representaban un obstáculo para la revitalización del centro de la ciudad (Espíndola

Mata, 2001: 232-234). Las autoridades necesitaban promover una imagen de ciudad "limpia", libre de vendedores ambulantes informales, con el fin de crear una Ciudad de México moderna y de categoría mundial. Por lo tanto, con etiquetas como "rehabilitación" y "revitalización", en 2007 se retiró de las calles a más de 15 000 vendedores ambulantes (Oriard, 2015: 16-17).

Los cambios introducidos por el programa de rescate no han hecho más que profundizar las diferencias entre el ahora "embellecido" centro histórico y el "duro y peligroso" Tepito, entre el comercio formal y el informal, aumentando la marginalidad del barrio, pero al mismo tiempo alimentando esa imagen de obstinación que posee el barrio al rechazar las soluciones del gobierno, que en lugar de mostrar una parte esencial de lo que son el país y sus habitantes, tratan de demostrar que podemos ser una ciudad al estilo americano, europeo u occidental.

La esencia de ser tepiteño, una descripción del habitante de Tepito

Una de las primeras descripciones del tepiteño fue realizada por el antropólogo estadounidense Oscar Lewis en sus libros *Antropología de la pobreza: Cinco familias* (1959) y *Los hijos de Sánchez* (1961). En *Cinco familias*, Lewis describió la vida de cinco familias de clase trabajadora de la Ciudad de México durante la década de 1950 (Lewis, 1959: 67). El informe, mitad novela y mitad antropológico, tenía como objetivo crear una investigación exhaustiva de cada familia narrada con sus propias palabras, combinando entrevistas grabadas y observaciones domésticas (Rigdon, 1961). A continuación, recopilo los estudios sobre la vida cotidiana de algunas de esas familias y los comparo con testimonios de cómo viven hoy en día los tepiteños y la clase trabajadora de la ciudad.

La familia Gutiérrez, pobreza y religiosidad

Los Gutiérrez vivían probablemente en una de las vecindades más pequeñas y pobres de la ciudad; 12 casas de una sola habitación en fila sin ventanas albergaban a 54 personas procedentes de seis estados diferentes, incluida la capital. El bloque de viviendas era el hogar de doce familias, de las cuales nueve estaban emparentadas, pero todas ellas tenían una conexión por compadrazgo, lo que significa que un

miembro de la familia vecina era la madrina o el padrino de alguno de los niños; por lo tanto, los inquilinos entraban y salían libremente de las habitaciones de los demás. Todos los cabezas de familia tenían diferentes ocupaciones: dos trabajaban en una fábrica de zapatos, otro en una de cinturones, dos más fabricaban cubos, uno hacía juguetes con residuos metálicos y Guillermo Gutiérrez, cabeza de la familia Gutiérrez, reparaba bicicletas en su casa y también fabricaba juguetes en miniatura. Tres de los jefes de familia eran mujeres, que trabajaban como vendedoras ambulantes de comida que ellas mismas cocinaban o desde casa, lavando y planchando la ropa de los vecinos; casi todos los ingresos eran muy bajos, por lo que algunos de los niños también trabajaban.

Guillermo vivía en una habitación con su esposa, Julia, y sus tres hijos: Lola, de 14 años, que trabajaba en el mercado callejero vendiendo zapatos; María, de 11 años, que era la única que seguía yendo a la escuela, pero ayudaba con las tareas domésticas; y Herminio, de 9 años, que trabajaba como asistente mecánico en un taller cercano.

Julia salía todos los días a vender toallas en el mercado y también cocinaba grandes cazuelas de comida que vendía en las calles cercanas. Cada mañana, antes de las seis, Julia iba a CEIMSA, una tienda del gobierno donde la gente podía comprar leche a mitad de precio; sin embargo, se rumoreaba que estaba diluida con agua. Julia no prestaba atención a esos rumores y acudía muy temprano para conseguir el litro diario que necesitaba; las colas eran largas y, a veces, solo conseguía medio litro. Tanto la tienda del gobierno como las largas colas matutinas siguen existiendo hoy en día. La tienda, ahora conocida como LICONSA, distribuye la leche a un precio subvencionado para apoyar la nutrición de millones de personas que viven en la pobreza (LICONSA, 2021). El precio de la leche era de 1 peso hasta 2019, cuando aumentó a 2,50; sin embargo, el suministro ha ido disminuyendo y muchas familias ya no pueden recibir ayuda. La Sra. Maura, beneficiaria durante años, dice: "Es lo único que nos ha ayudado durante años. Había días en que me daban dos bolsas o solo una, pero ahora nada. Lo que ganamos no nos alcanza para la leche de la tienda" (Olmos y Adam, 2020). Al leer los relatos de las dos mujeres, la similitud es evidente: la realidad y la marginación de los más pobres sigue siendo una situación contra la que la gente sigue luchando para sobrevivir.

Otro elemento cultural esencial que caracteriza a los tepiteños es su religión. México es uno de los países más católicos del mundo, y la religión está aún más

presente en la comunidad de clase trabajadora. Una escena típica que se puede encontrar probablemente en todas las vecindades es un altar completamente decorado dedicado a algún santo. Sin embargo, entre esta comunidad ha surgido una combinación de creencias y cultos; las oraciones y ofrendas realizadas se consideran una herramienta más contra la pobreza y la injusticia que la gente tiene que soportar, pero también han sido muy criticadas, especialmente por los miembros de la Iglesia católica.

Por ejemplo, en la descripción de la familia Gutiérrez, Lewis menciona que Inés, la hermana de Julia, era médium y, junto con su marido, Alfredo, dirigía un centro espiritista en su casa. Seguían la doctrina del llamado "Templo de la Luz", una combinación de creencias católicas, evangélicas y populares. Julia afirmaba que podían curar enfermedades con magia blanca y negra y describía a su hermana como "una guía, que prestaba su cuerpo material para recibir las órdenes del Ser, para luego transmitirlas a la gente".

Actualmente, todavía hay varios templos de la doctrina en el país, pero entre los tepiteños otro culto ha ganado fuerza en los últimos años, el culto a la Santa Muerte. En palabras de Queta Romero, cuidadora del santuario más visitado de la Santa Muerte en el barrio, el culto popular sigue estando dentro del catolicismo, aunque como una práctica heterodoxa. Afirma que hay un solo Dios, pero con diferentes representaciones en las distintas culturas, "solo hay una muerte, pero sé que Dios está por encima de la muerte". El primer día de cada mes, los devotos se reúnen para rezar y dejar ofrendas en el santuario. "Es tan bonito que los ramos de flores no caben en la calle. Hay veces que la gente viene arrodillada desde una cuadra", dice Queta (De la Torre, 2021).

La familia Gómez, obstinación y ociosidad

Otra de las familias que aparecen en el libro es la familia Gómez, cuyas actividades cotidianas giraban en torno a su hogar en un bloque de viviendas del casco antiguo. A diferencia de la vecindad de solo 12 habitaciones en la que vivía la familia Gutiérrez, este era un enorme bloque de una sola planta que albergaba a más de setecientas personas en 157 viviendas de una sola habitación. Los habitantes procedían de 24 de los 31 estados del país; más de un tercio de ellos eran parientes y algunos más tenían vínculos de compadrazgo. Por lo tanto, existía un fuerte sentido de comunidad,

especialmente entre los jóvenes, que siempre pertenecían al mismo grupo de amigos y se casaban entre ellos.

Los habitantes que procedían de zonas rurales se habían trasladado a la ciudad en busca de mejores oportunidades laborales, como trabajar en una fábrica cercana o como vendedores ambulantes. Sin embargo, algunos de ellos trabajaban desde casa, como lavanderas o costureras en el caso de las mujeres, mientras que los hombres solían ser zapateros. En el caso de los Gómez, Agustín, el padre, era conductor de autobús local, al igual que su hijo mayor, Alberto, de 20 años. Ester, de 14 años y única hija, cursaba el último año de primaria; el más pequeño era Juanito, que solo tenía seis años y asistía a la escuela en el turno de tarde. Héctor, el segundo hijo, tenía 19 años, pero no vivía con la familia; tenía una relación difícil con su padre; sin embargo, siempre ayudaba con los gastos de la casa. Rosa, la madre, se encargaba de las tareas domésticas y llevaba comida a su marido y a su hijo Alberto a la estación de autobuses dos veces al día durante sus descansos; había trabajado como camarera dos años antes, cuando Agustín sufrió quemaduras en un incendio en un autobús.

Los cinco miembros de la familia dormían en la vivienda de una sola habitación; a pesar de que Rosa deseaba tener un tapanco para disponer de una habitación adicional, tal y como habían hecho otras familias, Agustín nunca construyó la estructura, y todos dormían en dos camas que estaban una al lado de la otra. Aunque vivían en la misma situación de hacinamiento que los Gutiérrez, los Gómez tenían una situación económica ligeramente mejor; mientras que Julia Gutiérrez se levantaba antes de las seis de la mañana para comprar la leche a mitad de precio y tenía que salir todos los días a vender comida en el mercado, Rosa Gómez podía quedarse en la cama hasta las 7:30, ir a la tienda local a cualquier hora y comprar la leche a precio normal. Incluso podía disfrutar de un descanso en sus tareas domésticas; como describió Lewis, "(Rosa) terminó de comer... y se acostó en la cama; tiró los zapatos y se cubrió con una chaqueta"; una escena que no se da en las actividades diarias de Julia.

Esa ventaja en su situación económica y el hecho de que tanto Rosa como Agustín hubieran asistido a la escuela y supieran que aprender una habilidad técnica significaba un futuro mejor para sus hijos menores, hizo posible que Ester y Juanito siguieran yendo a la escuela sin preocuparse todavía por encontrar un trabajo. A ambos les gustaba la escuela, Ester incluso quería convertirse en mecanógrafa y trabajar como secretaria.

Aún hoy, crecer en el barrio puede significar un camino difícil para muchos niños, como es el caso de Carlitos, "el güero". Tiene 9 años y llega por la noche a uno de los mercados cubiertos de Tepito para barrer y sacar la basura de un puesto de flores; trabaja para comprarse calcetines para jugar al fútbol los domingos y sus propios juguetes. Su madre vende dulces en el mercado y también ayuda a limpiar otros puestos, pero apenas puede pagar los gastos básicos y la escuela de Carlitos y su hermana (Hernández Iruz, 2012: 63). Y luego está Edgar, ahora de 27 años, que se mudó a la Ciudad de México desde uno de los estados del norte del país con su madre y sus hermanos menores, y se instaló en Tepito. A los 7 años ya trabajaba en una tienda de abarrotes y a veces tenía que cuidar de sus hermanos; cuando estaba en la secundaria, su madre lo sacó de la escuela para que la ayudara con los gastos. Años más tarde, logró ingresar a la preparatoria, pero en ese momento trabajaba en una panadería y en una imprenta y volvió a abandonar la escuela.

Finalmente, se enteró de la apertura de "Prepa Tepito", la única preparatoria hasta la fecha en el barrio, que fue inaugurada en 2012 (Altamirano, 2017). Esta escuela tiene un sistema pedagógico diferente al tradicional, que es el resultado del tipo de persona en la que se centra la institución, definida por su condición de pertenecer a un espacio sociocultural distinto como Tepito. La edad media es más alta de lo habitual y el edificio es una mezcla de espacios de interacción que combinan el aprendizaje virtual y presencial (Martínez Toledo, 2015: 14). Gracias a esta flexibilidad, Edgar pudo graduarse e ingresar a la universidad para estudiar odontología. Afirma: "hay compañeros a los que admiro que, aunque tenían defectos como yo, no se rindieron" (Altamirano, 2017). Ya sea hace sesenta años u hoy en día, la obstinación por superar una realidad difícil, viéndola no como un obstáculo sino como un paso más para lograr lo que se proponen, es lo que mantiene viva la esencia del barrio.

Esa actitud ante la vida también incluye una renuencia a celebrar, divertirse y compartir con los demás; puede que no haya trabajo ni dinero para pagar el alquiler del mes siguiente, pero el tepiteño siempre encuentra la manera de organizar una fiesta de quinceañera para su hija o contribuir a la celebración de los santos venerados en el barrio, ya sea San Judas, el patrón de las causas imposibles, Nuestra Señora de Guadalupe, o más recientemente, la Santa Muerte.

En la familia Gutiérrez, Julia ya estaba preparando la fiesta de cumpleaños de Lola, que cumpliría 15 años al año siguiente. En palabras de Julia: "Si Dios quiere, reuniré (dinero) para hacerle la fiesta. ¿Por cuánto compraré el vestido? Al fin y al

cabo, va a ser una señorita". En cuanto a los Gómez, todos los sábados por la noche había baile en el patio central de su vecindad. A Héctor, el hijo mayor, le encantaba organizar este tipo de reuniones; tenían un tocadiscos eléctrico, por lo que estos bailes solían celebrarse frente a la habitación de los Gómez.

Estas reuniones sociales semanales dieron lugar a otra tradición que se extendió al resto del país: los sonideros. Durante la década de 1950, celebrar una fiesta era muy caro, casi inalcanzable para gran parte de la población. La solución era colocar equipos de sonido en los patios centrales de las vecindades, disfrutar y olvidar que la fortuna no estaba presente. A veces, entonces como ahora, los vecinos se apoderan de las calles sin pedir permiso como describe Tonatiuh Cabello, miembro de un grupo de sonideros en Tepito: "Lo que más me llama la atención es la anarquía: al principio cerraban las calles y conectaban los cables de los equipos al sistema público" (Ahumada, 2016).

En resumen, las celebraciones de los santos tienen como objetivo agradecerles algún milagro, como la curación de un familiar, o pedirles algún favor; una fiesta de cumpleaños o un bautizo son la excusa perfecta para compartir con la familia y los vecinos, y en cuanto a los eventos más concurridos y organizados que celebran los sonideros en las calles, son principalmente una distracción de los problemas.

Al comparar la vida cotidiana dentro de las vecindades de hace sesenta años, nos damos cuenta de que no es tan diferente de la actual. La mayoría de los tepiteños siguen teniendo una vida que se limita al barrio; trabajan en el mercado callejero o desde casa, y ese sentido de comunidad sigue siendo una característica importante del lugar. Y, aunque las condiciones pueden ser muy adversas, como señala el fotógrafo Francisco Mata, "el ímpetu y el entusiasmo por resolver sus dificultades es inspirador y digno de mostrar" (Sierra, 2019).

Referencias bibliográficas

Aguilar Urbina, Luisa (1987), *Reconstrucción de las vecindades de Tepito*, Tesis para obtener el título de licenciatura, UAM, México, 92 pp.

Ahumada, Dulce (2016), "Breve historia sobre las vecindades de la CDMX" en *Más por más* magazine, agosto, https://www.maspormas.com/ciudad/breve-historia-las-vecindades-la-cdmx/ [consultada el 30 de octubre de 2025]

Altamirano, Claudia (2017) "Una prepa abre la puerta a los jóvenes del Barrio Bravo de Tepito" en *Animal politico* magazine, noviembre, https://www.animalpolitico.com/2017/11/prepa-tepito-abre-puerta-a-jovenes/ [consultada el 29 de octubre de 2025]

Aréchiga Córdoba, Ernesto (2001), *Tepito: del antiguo barrio de indios al arrabal. 1868-1929, historia de una urbanización inacabada*, Unidad Obrera y Socialista, México, 361 pp.

Bautista García, Ricardo (2014) *Manual ciudadano para el cuidado del Centro Histórico*, Fideicomiso Centro Histórico de la Ciudad de México, 50 pp.

Cruz Hernández, Yutsil y Alfonso Hernández (2012), "The Obstinacy of Tepito", en *Spacegoat* 6, 167-173, http://www.scapegoatjournal.org/docs/06/Scapegoat_06_Hernandez%20and%20Hernandez_The%20Obstinacy%20of%20Tepito.pdf [consultada el 28 de octubre de 2025]

De la Torre, Reneé (2021) "La vecindad de la Santa Muerte" en DIVERSA, marzo, http://www.diversidadreligiosa.com.ar/blog/la-vecindad-de-la-santa-muerte/ [consultada el 30 de octubre de 2025]

De Mauleón, Héctor (2015), "Tepito: un eterno barrio de indios" en *Nexos*, septiembre, https://www.nexos.com.mx/?p=26076 [consultada el 27 de octubre de 2025]

Enriquez Fuentes, Elena (2010), *Imagen y espejo: Los barrios de la Ciudad de México*, Praxis, México.

Escareño Sánchez, Marco Antonio (2013), *Historia del Barrio de Tepito: Desde la fundación de Tlatelolco en 1337 a la gran inundación de 1555*, Tesis para obtener el título de licenciatura, UNAM, México, 292 pp.

Espíndola Mata, Juan (2001), "Informal Politics. Street Vendors and the State in Mexico City." en *Política y Gobierno* 8, no. 1: 232-234. http://www.politicaygobierno.cide.edu/index.php/pyg/article/view/407/794 [consultada el 29 de octubre de 2025]

Flores, Luis Enrique (2019), "*Tepito existe porque resiste*, muestra fotográfica de Fernando Mata," en *México Nueva Era*, noviembre, https://mexiconuevaera.com/cultura/arte/2019/09/13/tepito-existe-porque-resiste-muestra-fotografica-de-francisco-mata [consultada el 16 de octubre de 2025]

Godínez Rojas, José (1986), *Conjunto habitacional (Módulo social) en Tepito*, Tesis para obtener el título de licenciatura, UNAM, México, 126 pp.

Hernández, Alfonso (2019), "La importancia de Tepito para la cultura Mexicana," entrevista por Fernanda Familiar, en *Imagen Radio*, noviembre, audio, https://www.imagen-radio.com.mx/la-importancia-de-tepito-para-la-cultura-mexicana [consultada el 15 de octubre de 2025]

Hernández Hernández, Alberto (2018), "Tepito, capitalismo a la brava" en *Alteridades 28*, no. 55, 99-111. DOI: https:www.doi.org/10.24275/uam/izt/dcsh/alteridades/2018v28n55/Hernandez [consultada el 15 de octubre de 2025]

Hernández Iruz, Angélica (2012), *Pagan justos por pecadores... No todo es malo en el barrio bravo de tepito*, Tesis para obtener el título de licenciatura, UNAM, México, 130 pp.

Lewis, Oscar (1959) *Five Families (Mexican Case Studies in the Culture of Poverty)*, Basic Books Inc., Nueva York, 368 pp.

Martínez Toledo, Berenice (2015), *Tepito y sus fortalezas: una experiencia estudiantil en la preparatoria José Guadalupe Posada, una escuela en el corazón del barrio*, tesis para obtener el título de maestría, IPN, México, 184 pp.

Mutolo, Andrea (2016), "Catolicismo en el barrio de Tepito, después del terremoto de 1985 en la ciudad de México. Una reconstrucción a través de las fuentes orales y escritas", en Ciencias de la Documentación, abril-junio, vol. 2, núm. 2, 56-71, ISSN 0719-5753

Olmos, Raúl y Samuel Adams (2020), "En el primer año de AMLO, LICONSA afecta a los más pobres" en *MCCI*, agosto, https://contralacorrupcion.mx/aumento-precio-leche-liconsa-2020/ [consultada el 22 de octubre de 2025]

Oriard, Colin (2015), *Street vending and its ability to produce space. The case of the Tepito market in Mexico City downtown area*, tesis para obtener el título de doctorado, University College London, Inglaterra.

Ortner, Sherry B. (2016), *Antropología y teoría social. Cultura, poder y agencia*, UNSAM Edita, Buenos Aires, 194 pp.

Palomo, Armando (1994), "La política urbana y el futuro de los barrios" en *La ciudad y sus barrios*, UAM, México.

PROCESO (2019), "La muerte de Daniel Manrique, cofundador de Tepito Arte Acá," en *Proceso*, agosto, https://www.proceso.com.mx/nacional/2010/8/26/la-muerte-de-daniel-manrique-cofundador-de-tepito-arte-aca-5005.html [consultada el 20 de octubre de 2025]

Reyes Domínguez, Guadalupe (1993), *Los usos de la identidad barrial. Una mirada antropológica a la lucha por la vivienda. Tepito 1970-1984*, UAM, México, 216 pp.

Rigdon, Susan (1961) Prefacio en *The children of Sánchez, Autobiography of a Mexican Family* de Oscar Lewis, Vintage Books, Nueva York, 562 pp.

Romero, Maya (2017), "Los habitantes de la galería de arte más antigua de Tepito," en *Más por más*, agosto, https://www.maspormas.com/ciudad/galeria-jose-maria-velasco-habitantes/ [consultada el 25 de octubre de 2025]

Sandoval, Georgina (1994), "Añoranza y actualidad por la casa y la ciudad" en *La ciudad y sus barrios* UAM, México.

Sandoval, Georgina (2015), *Treinta años de los sismos de 1985*, Casa y Ciudad, México, 44 pp.

Sierra, Sonia (2019), "Francisco Mata, *Tepito existe porque resiste,*" en *El Universal*, noviembre, https://www.eluniversal.com.mx/cultura/artes-visuales/francisco-mata-tepito-existe-porque-resiste [consultada el 22 de octubre de 2025]

Soto, Elidet (2013), "Tepito: estigma que nunca se va," en *Vértigo político*, junio, https://www.vertigopolitico.com/politica/ciudadanos/tepito-estigma-que-nunca-se-va [consultada el 18 de octubre de 2025]

Vodopivec, Barbara (2017), "Made in Tepito: Urban Tourism and Inequality in Mexico City", tesis para obtener el grado de doctorado, Ludwig-Maximilians University, Munich, 206 pp.